

SAL CON SAL

El chico pasó corriendo, descalzo sobre la arena ardiente. Llevaba una mochila tejida, de colores, y adentro lo que parecían artesanías en barro, cacharros, tiras de cuero, collares. Su cuerpo tenía la cadencia de las palmeras que se avistaban desde el hostel, su grito el ritmo de las olas, su risa el ruido de las redes al caer al mar.

O era que ella teñía la vida de todo cuanto la rodeaba.

Quería teñirla, había venido hasta acá para dejarse impregnar por cuanto la iba a rodear, y ella, que era de no planear mucho, esta vez lo había hecho. Al menos un poco más que siempre.

Había llenado su mochila con ropa blanca, solamente blanca. Y había decidido quedarse diez días en cada lugar, visitando aquellos marcados en el mapa. Esta vez tenía mapa.

No quería perderse más, ni hablar como cotorra con cada desconocido que encontrara y le diera charla, ni concurrir a fiestas a menos que muriera de ganas de hacerlo.

O sea, era un viaje con pautas en donde lo que esperaba era estrenar otra mujer, una diseñada por ella misma.

Éste era un ensayo de vida, un paréntesis, un gancho...a ver cómo le salía.

Se sacó las sandalias y volvió a la playa.

La tarde no dejaba de caer, y esa agonía le pareció bonita, no sólo por lo que traía de placer a los ojos, sino porque duraba tanto que podía recorrer detalles y perderse en el ruido de las olas, insistentes en el malecón, en el dibujo de la espuma perfecta. Estiró la mano para agarrarla, sabiendo que se desharía apenas tocada.

No importaba, porque olió la sal, y restregó las manos en el espejo de la playa.

Entonces pensó en él. No había manera que no pasara.

No se resistió. Esa era otra decisión que había tomado, dejar discurrir sus pensamientos.

Y ver dónde la llevaban, a qué puertos que no fueran éste tan vivo en el que los pescadores echaban las barquitas al mar, y dónde los gritos despertaban los sentidos. Correr, izar, subir, partir.

Lo vio como la última vez, en el marco de la puerta, dejando la valija grande para acomodarse el morral y llamar el ascensor. Lo vio buscando palabras. Lo vio irse sin decir ni una de ellas.

Lo vio salir de su vida mientras tomaba el taxi en la avenida ancha y llovida de una tarde porteña.

Lo vio no llamando ni insistiendo. Lo vio desapareciendo para siempre aunque buscaba señales en los boletos capicúas y en las separaciones de veredas pisadas con el pie derecho. Aunque esperaba horas en el Chat, aunque decía que no lo esperaba, lo espera con el alma hecha pedacitos.

Pero nunca llegó a recoger los pedazos, y aunque la adulta decisión había sido tomada después de noches y días de desencuentros, cómo dolió saber que era irrevocable, que era realidad este “no estar” de ellos.

Los barquitos colorinches están en el mar. Lejos resuenan los gritos de las mujeres buscando los chicos por la playa.

Hace frío y llora. Sal con sal.